

10 cts.

H
056
R4257MP
c. R

REPRODUCCION

Tomo II, No. 41

15/9/20

Reproducción

Tomo II, No. 41 — 15 de Setiembre de 1920

Director:

Eliás Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 230

SUMARIO

1. *La linterna escondida*... R. L. STVENSON
2. *Miscelánea*..... EL DIRECTOR
3. *Indice del tomo 2º*.....
4. » » » 1º.....

Administración:

Botica de La Dolorosa.

Imprenta Trejos Hnos.

La felicidad o la desdicha,
cada hombre la lleva en la ca-
beza.

La linterna escondida

Cada vez que un método de vida comunica cierto ardor al individuo, la vida adquiere un significado esencial, genuino.

Roberto Luis Stevenson ha ilustrado este hecho con un ejemplo que expone en un ensayo que merece alcanzar la inmortalidad, tanto por la verdad del fondo como por las excelencias de la forma.

«A fines de septiembre—escribe Stevenson—cuando se acercaba la apertura del curso y las noches iban siendo muy oscuras, empezamos a salir de nuestras respectivas casas, provistos cada uno de una linterna de ojo de buey. Tan notable fué la cosa, que determinó una pequeña revolución en el comercio de la Gran Bretaña, de modo que los

drogueros, al poco tiempo, empezaron a adornar sus escaparates con el artefacto que servía para nuestras particulares iluminaciones. Llevábamos la lamparita encima de la barriga, colgada de un gancho de *cricket*, y por encima de ella—según la consigna que nos habíamos dado—abotonábamos el sobretodo. Aquellas lamparillas, no sólo apestaban a lata recalentada, de una manera infame, sino que por añadidura apenas ardían aun cuando las estábamos despabilando metódicamente. La verdad es que no servían para nada, de suerte que el placer que nos producían era puramente imaginario. Los pescadores ponían linternas en sus barcos, y de ellos seguramente habíamos tomado ejemplo, aun cuando ni sus linternas eran de ojo de buey, ni nosotros tratábamos de imitarles en otra cosa. Los agentes llevaban sus linternas sobre la barriga y lo mismo hacíamos nosotros; pero, por lo demás, no habíamos soñado en echárnoslas de polizontes. Quizá más bien pretendíamos imitar a los ladrones, recordando edades pasadas en que las linternas de ojos de buey eran mucho más comunes, y ciertos libros de cuen-

tos en que esta clase de lámparas hacía un papel extraordinario. Pero, lo cierto es que, en resumen, el placer que aquello nos procuraba puede llamarse sustantivo, pues nuestra felicidad consistía pura y simplemente en ser un chiquillo con una linterna sorda debajo del abrigo.

«Cuando dos de estos excéntricos muchachos se encontraban, brotaba en seguida esta pregunta: «¿Tienes tu linterna?», a la cual correspondía un «sí» de persona satisfecha. Estas eran las frases de consigna, por otra parte muy necesarias, pues como era de ordenanza llevar oculta nuestra gloria, nadie podía reconocer a un portador de linterna como no fuese por lo que apestaba. Alguna vez, cuatro o cinco de esos rapaces se recogían bajo el vientre de algún barco de pesca, o en alguna caverna de la playa, mientras el viento batía a más y mejor. Parece que entonces se abrían los sobretodos y quedaban las linternas al descubierto: a su luz vacilante, bajo la bóveda pavorosa y agitada de la noche, acariciados por el aroma de lata asada, aquellos jovencitos se apretaban unos contra otros sobre la

arena fría o sobre la palanca del barco de pesca, embriagándose de cuentos adecuados a las circunstancias. ¡Por desgracia, no puedo referiros uno como ejemplo!... Pero el relato no pasaba de ser un condimento, y hasta esas mismas reuniones no eran más que fenómenos accidentales en la carrera de los portadores de linternas. La esencia de aquella gloria paradisiaca consistía en caminar solos bajo la negra noche, con la lámpara cubierta y el sobretodo bien abrochado, sin que se escapase un solo rayo de luz que nos permitiese ver donde poníamos los pies, ni descubrir al público el secreto de nuestra felicidad.

«Se ha dicho que en el corazón de todo hombre, aun del más torpe, ha muerto joven un poeta. Se puede sostener también que un bardo (inferior a un poeta en muchos respectos) sobrevive en la mayoría de los casos, y forma el perfume de la vida de aquel que lo posee. No se hace bastante justicia a la fluidez y frescura de imaginación del hombre. Su vida parecerá desde fuera un insignificante montículo de tierra; pero su corazón puede encerrar un camarín de oro donde encuentre un baño

de delicias. Aun cuando siga una senda muy sombría, ¿quién os dice que no lleva sobre la barriga alguna linterna de ojo de buey?

«Da una excelente idea de la rapidez de la vida, la leyenda de aquel hermano que atravesando el bosque, se pára a escuchar el canto de un pájaro, oye dos o tres gorjeos y regresa al convento. Pero allí le miran como un extraño por haber estado ausente tantos años. Sólo uno de sus compañeros sobrevive y éste consigue reconocerle después de muchos esfuerzos.

«La morada de este pájaro hechicero no es solamente el bosque. Canta donde más impresión puede producir. El mísero escucha y sucumbe al encanto: entonces sus días son momentos. Sin otro amuleto que una hedionda lámpara, helo evocado yo sobre la playa desierta. Toda vida que no sea puramente mecánica, se teje con dos hilos: buscar el pájaro y pararse a escucharlo. Por esto es muy difícil apreciar el valor de una vida y es imposible comunicar a otra las delicias que cada una posee. El conocimiento de este hecho y el recuerdo de las horas felices en que el pájaro *ha*

cantado para nosotros, nos hace leer con asombro las páginas de los escritores realistas. En ellas encontramos un cuadro exacto de la vida en cuanto se compone de cal y de hierro, de deseos y temores a *bon marché* que nos avergonzamos de recordar; pero de las notas de aquel rruiseñor devorador del tiempo no encontramos el menor eco.

«Si en alguna novela realista habéis encontrado algo que se pareciese a la historia de mis portadores de linternas sobre la barriga, habréis hallado la descripción de unos muchachos ateridos de frío, hundidos en la arena de la playa y sobrecogidos de terror—y así es verdad que estaban; y habréis leído sus discursos estúpidos e indecorosos—que también es verdad que eran así. A vuestros ojos de lector aquellos chicos estaban mojados, fríos y asustados; pero preguntadles a ellos y os dirán que se hallaban en un paraíso de recónditos placeres, aun cuando éstos no tuvieran otro fundamento que una linterna que apestaba endiabladamente.

«En verdad, para decirlo una vez más, el fondo del placer de un hombre es a veces muy difícil de comprender.

Puede unas veces derivarse de un simple accesorio, como una linterna, de igual modo que puede obedecer a misteriosos procesos psicológicos. Tiene tan pocos lazos con las cosas externas, que no puede ni siquiera tocarlas, de modo que la verdadera vida del hombre, aquello que es causa de que acepte con agrado el seguir viviendo, se encuentra del todo en el campo de la fantasía. En tal caso la poesía rueda oculta.

«El observador—pobre espíritu *documentado*—anda perdido. Porque mirar al hombre es bien poca cosa. Podemos ver el tronco de que se nutre, pero él mismo está fuera y lejos, en la cúpula verde del follaje, a cuyo través murmura el viento, y donde los pájaros fabrican amorosamente sus nidos. El verdadero realismo es siempre y en todas partes el de los poetas, que buscan donde reside la alegría para prestarle con sus cantos una voz que llegue muy lejos.

«No conseguir la alegría es perderlo todo. En la alegría de cada uno que obra consiste el sentido de todas sus acciones; su explicación, su excusa. Pa-

ra el que ignora el secreto de la linterna, la escena de la playa carece de sentido. De aquí proviene la falta de realidad obsesionante y verdaderamente fantástica de los libros realistas. En ninguno de ellos encontramos la poesía personal, la atmósfera encantada, la obra irisada de la fantasía que viste lo que está desnudo y parece ennoblecer lo más bajo. En todos ellos la vida cae muerta como el barro, en vez de levantarse como un globo a los vivos colores del sol naciente. Ninguno de ellos es verdadero, porque ningún hombre vive en la realidad exterior entre sales y ácidos, sino en la cálida camarilla fantasmagórica de su cerebro, formado de vidrieras decoradas y paredes cubiertas de pinturas». (1)

De la obra *Los ideales de la vida*, de William James.—Traducción de C. M. Soldevilla.

(1) R. L. Stevenson: *The Lanterns—bearers*, en el volumen titulado: *Across the plains*.

Miscelánea

Hablando una tarde de la indulgencia con que nos suele medir a todos el Dr. Ferraz, me decía un amigo bastante mayor que yo: «La comprendo perfectamente, máxime cuando la gasta con jóvenes. Es preciso *estimularlos*. La reprobación, por justa que sea, hace daño a la juventud.» —Tal vez tenga Ud. razón—repuse—, pero opino muy al contrario. Cada uno cuenta de la feria por lo que ve en ella. Los jóvenes que he tratado necesitan de *freno*, no de espuela.

Y recuerdo esa conversación al leer casualmente lo que le dice el joven escritor don Raúl Villalón al viejo don Ignacio Trullás Aulet en el *Diario de Costa Rica* del 2 de setiembre:

«Aquí representa Ud. el murciélago en la noche, y yo la luz que se levanta, erigiendo resplandores (aunque tenues e indecisos) por la cumbre coronada de admirables rosicleres.»

* * *

¡EMERGENCIA! ¿Qué llamarán emergencia? ¿Ocurrencia, accidente que sobreviene? ¿No es la vida una serie de emergencias? ¿Y para qué se estudia y se sientan principios y se escriben leyes si no es precisamente para saber conducirse en cada emergencia?

¿Es la guerra, por ejemplo, una emergencia?—Sí, tanto como un terremoto, una inun-

dación, una peste u otra plaga cualquiera. Frente a un gran mal, ¿quién que no esté fué de juicio desoirá justamente los preceptos de la ciencia, sea ésta moral, económica, geológica, fisiológica o la que fuere? ¡Curioso caso el del enfermo que, para curarse, atropella las reglas de la higiene!

¿No se ha visto siempre, no se está viendo hoy con lente de aumento, cómo las consecuencias «indirectas» de las guerras son cientos de veces más terribles que las pérdidas de vidas o de territorio, siempre que en la emergencia bélica se recurre—en son de defensa—al ataque atolondrado de los principios mismos que aseguran el orden social?

¡Excelente mecanismo de salvación, ese de arrancar los cimientos de la propia casa, para responder a los tiros de quien la ataca desde la calle!

*
* *

La citación ocasional de un autor, cuando implica acuerdo, lo implica únicamente en cuanto se refiere al trozo citado. Lo digo por Francisco Bacon. Lo he citado varias veces y habré de citarlo otras más. Sin embargo, entre los filósofos de renombre, no conozco otro que haya amontonado en sus obras igual cantidad de disparates. Ignorante de lo que constituía ya la ciencia en su tiempo, no hubo materia (astronomía, física, geología, etc.) acerca de la cual no tratara con una desenvoltura verdaderamente inconcebible en un hombre de tanto genio.

Reproducción

Segunda serie. — Tomo II. — Nos. 21 a 41
30 de Marzo a 15 de Setiembre 1920.

INDICE DE AUTORES

Alsworth Ross, Ed.	
Organización del pensamiento.	248
Arosemena, Justo	
Buena política.....	368
Barbosa, Ruy	
Soberbia del Rey Guillermo...	98
Baudrit, Fabio	
Hagamos justicia privada....	355
Berhein.....	318
Berrío, P. J.	
Como gobernante.....	47
Bonald.....	427
Bradford, G.	
Mark Twain.....	487
Brander Matthews	
El teatro.....	483
Brenes Mesén, Rob.	
J. M. Keith.....	111

Brun, C.	Federalismo.....	14
Bulwer Lytton.....		404
Camba, J.	Divinización del padre.....	20
Caro, M. A.	Del uso.....	2-50-74 155-196-332
Carrasquilla, R. M ^a .	Cristianismo.....	70
Clark	El hábito científico.....	405
Colins.....		136-138
Chateaubriand.....		441
Descartes	La lectura.....	112
	Libre albedrío.....	137
	El tambor.....	137
	Opinión endurecida.....	367
Domingo, Marcelino	Políticos y hombres.....	307
Domínguez, R.	Glándula tiroides.....	458
Dumas, J. B.	En recepción de Taine	124-221-278
«Eremita»	Murillo Toro.....	26
	Vindicación obligada.....	61
	Conversación interrumpida....	92
<i>Ergos</i>	El Congreso.....	320
<i>Far-Vol News</i>	Arte.....	44
	Maeterlink y el inglés.....	95

II

Ferraz, Val. Fernández	
Traduttore.....	69
Ferrero, Gmo.	
Misión de los latinos.....	348
Fontenelle	
La verdad.....	48
Franklin.....	441-476
«Geofredo»	
Los dos reconocimientos.....	428
Guizot.....	474-476
Haeckel.....	442
Harrison, Benjamín	
Buscadores de empleos.....	314
La Corte Suprema.....	465
Jaurés	
Enseñanza del cristianismo... ..	453
Jiménez O., Ricardo	
En los campos de Flandes....	106
Jiménez Rojas, Elías.....	24-51-68-72
	85-87-93-133
	134-138-226-227
	230-238-244-294
	317-407-413-415
	419-423-427-429
	434-453-469-476
	500
Keith, J. M.	
De un discurso.....	109
Kelly, Fitzmaurice	
Deuda literaria.....	112
Kerby, W. J.	
El espíritu conservador.....	396
Laforêt, Claudio	
Mentalidad francesa.....	372
Lamennais	
La razón.....	475

<i>La Semana</i>	433
<i>La Verdad</i>	
La cuña yanqui.....	80
¿Homenaje a Wilson?.....	142
La ley N.º 4.....	151
Leckey.....	407
Leibnitz	
La razón.....	474-475
Litré.....	367
Lockman	318
Malebranche	
La razón.....	473
Mallock.....	407
«Mark Twain»	
Actividad.....	488
Vejez.....	489
Dios.....	490
Maistre	
La razón.....	475
Menner, R. G.	
Universidades francesas.....	444
«Mojica, Filadelfo»	
Homenaje a México.....	146
Morley.....	406
Murray Butler, N.	
Reforma social.....	170
Núñez, Rafael	
Murillo Toro.....	28
Proudhon.....	14
«Quintiliano»	
Un Juicio.....	57
Ramos, J. A.	
Fuerza bruta.....	46
Ramsay.....	464

<i>Reedy's Mirror</i>		
	Poniendo un huevo.....	244
Robespierre.....		501
Saintsbury.....		423
Schopenhauer		
	Hombre y hoja.....	369
Simon, Julio		
	Moral. Libertad.....	71
	Enseñanza.....	167
	La Revolución.....	290
Smith, Jacobo		
	Socialistas y liberales.....	296
Sotela, Rogelio		
	Carta.....	161
Stevenson, R. L.		
	La linterna escondida.....	492
Storck, Juan Gaspar		
	Pastoral.....	143
Stuart Mill		
	Individualismo,.....	370
Suárez, Marco Fidel		
	La libertad.....	23
	Murillo Toro.....	32
Summer Maine, H.		
	Gobierno popular.....	163
Valbuena, Antonio de		
	Una opinión.....	113
Vieil-Castel, H.		
	La razón.....	474
Wallas		
	Organización del pensamiento.	256
Washington.....		468
Wendel Holmes, O.		
	El espíritu conservador.....	416